

LA EDUCACIÓN DEL SIGLO XXI DEMANDA MAYOR ÉNFASIS EN EL SER MÁS QUE EL SABER

Ma. Margarita Villegas
margaritavillega@hotmail.com

Mucho se ha escrito sobre cómo debe ser la educación a partir del siglo XX. Cada vez más los avances tecnológicos confrontan a la Humanidad en horizontes impredecibles con los modos de ser ciudadano y de hacer vida en ciudadanía. En general, los esfuerzos para atender las incertidumbres que plantea el futuro, son insuficientes debido a las demandas inusitadas tanto en bienes materiales como intangibles (v.g. satisfacer las exigencias propias de una adecuada calidad de vida, especialmente en lo que se refiere a servicios básicos convencionales: alimentación, agua, salud, entre otros), entre los cuales destaca la educación.

En general, la escuela sigue muy apegada al pasado, privilegiando la transmisión de información, centrando sus esfuerzos en conocimientos estáticos, otorgando certificados que avalan a su titular la posesión de conocimientos que rápidamente se hacen obsoletos.

No obstante, la realidad sigue su curso y desde los ámbitos de los grandes emprendedores y generadores de las tecnologías, expresan cada vez con mayor fuerza la necesidad de desarrollar en todas las personas tanto su creatividad como las habilidades que les permitan desempeñarse idóneamente en una variedad de situaciones para lo cual resulta necesario atender dimensiones poco valoradas anteriormente. Se trata entonces de una formación integral de la persona que, desde su esencia afectiva, cognitiva y social, desarrolle actitudes y acciones para la convivencia en el seno de una sociedad diversa, compleja y en renovación permanente. Sobre este último aspecto es frecuentemente encontrar planteamientos en las redes sociales de educadores y estudiosos tales como Francesco Tonucci, Fernando Savater, Daniel Goleman y tecnólogos como Bill Gates.

Lo anterior implica que la escuela requiere cambiar, para llegar a ser un lugar donde cada persona pueda conocerse a sí mismo y desarrollarse en función de lo que le gusta (Francesco Tonucci); por tanto, para que el individuo alcance su integralidad es necesario recuperar a través del humanismo su esencia como persona (Daniel Goleman); además, se asume que la función de la escuela privilegie el formar ciudadanos (Fernando Savater), que posean más principios y habilidades que títulos (Bill Gates).

Los planteamientos de estos autores se sostienen sobre idea según la cual, si bien es cierto que el futuro es imprevisible, dado el inusitado desenvolvimiento de la tecnología es altamente probable que habrá mudanzas tanto en las actividades que llevan a cabo como en las formas en que las personas se relacionarán (algo de esto ya lo estamos presenciando en las llamadas Redes Sociales), debido a los nuevos modos de organización laboral generados por las tecnologías digitales (*e-commerce*, es sólo un ejemplo). Ya hoy en día, se reconoce y percibe que con la robótica y la inteligencia artificial, al menos, los empleos y el modo de ejercer las profesiones están cambiando drásticamente. Se predice que para el 2025, el 40 % de muchos de los empleos actualmente conocidos, ya no existirán más.

Ello es ostensible ya en áreas tan disímiles, como en la industria automotriz, la salud con las intervenciones quirúrgicas y la compra de productos para el hogar. Las tecnologías están haciendo aquello que antes requería de la presencia humana y de un saber limitado en ciertas áreas. Ahora, la complejidad de la vida está revelando que la posesión de determinado diploma o certificado que acreditan formalmente para el ejercicio de cierta profesión o empleo, ya no garantiza la cualificación específica de un profesional para cual o tal trabajo. Ahora lo que se considera vital es que la persona posea una formación sólida como ser humano que le permita actuar con la sensibilidad y la creatividad, por decir unas cualidades, para afrontar situaciones complejas, con un alto grado de incertidumbre y de inteligencia flexible que le proporcione habilidades para resolver problemas, adaptar sus conocimientos a las nuevas realidades, que demandan las tecnologías digitales en cuanto a trabajo en red, cognición distribuida y desarrollo compartido de conocimientos.

Todo lo anterior es un gigantesco desafío para la escuela: preparar un ser humano para un futuro que no se sabe cómo será, pues es casi imposible predecir dónde y en qué contexto estarán los niños de hoy cuando sean adultos. También se plantea que no se puede formar para un espacio limitado en formas convencionales de organización territorial como la conocemos hoy. Ahora, con la porosidad de las fronteras y las grandes movilizaciones migratorias no se pueden avizorar los lugares que serán impactados por el quehacer cotidiano de una persona. Probablemente, muchas personas puedan residenciarse en más de cinco países a lo largo de su edad productiva. Esto significa que desde cualquier lugar donde ejerza su labor, el alcance de su producción será global. Ello requiere, ya hoy, el aprendizaje de varios idiomas y valorar formas culturales diversas.

El panorama anterior nos revela que hay acuerdo en cuanto a que se requiere una educación que haga énfasis en el desarrollo integral del ser humano atendiéndolo como persona en todas sus dimensiones (afectivas, comunicativas, sociales, políticas, entre otras). Por ello, se insiste en que la educación se centre en formar el ser y no necesariamente en el saber. Una educación que brinde mayor libertad y proporcione experiencias de vida, para que cada quien se conozca así mismo y encuentre lo que le gusta. Pues al sentir el placer en lo que le guste hacer, junto a un desarrollo personal y social adecuado, le permitirá realizar los esfuerzos necesarios para aprender y, de este modo, hacer su aporte creativo y diferenciado en un contexto social donde las innovaciones en el actuar y producir serán los recursos más valorados.